



REFLEXIONES SOBRE UNA HISTORIA GRANCOLOMBIANA

*Mario Sanoja Obediente /
Iraida Vargas Arenas*

Las formaciones sociales coloniales de Colombia, Ecuador y Venezuela

El proyecto político de Simón Bolívar de reunir en una comunidad los pueblos que habitaban en el siglo XIX el nor-noroeste de Suramérica: Ecuador, Venezuela y Colombia, nació o quizás se forjó a través del conocimiento empírico de la geohistoria regional, y en consecuencia de los diversos pueblos y culturas que habitaban esos territorios, que le proporcionaron sus largos viajes a caballo o en embarcaciones a lo largo de esa dilatada geografía. Durante esas travesías, El Libertador debe haber seguramente percibido la gradación de culturas de los pueblos que existían y todavía existen entre Ecuador, Colombia y Venezuela, producto de la compleja dinámica sociocultural que moldeó la historia de esos pueblos originarios. Hasta el siglo XVI.

Los últimos siglos de historia de los pueblos originarios fueron testigos de grandes cambios sociales que constituyen el fundamento del actual proceso de integración regional suramericano y caribeño. El ejército inkai-co y el pueblo kechwa se expandió hacia el norte de los Andes Centrales, hasta el territorio del actual Ecuador sometiendo a los pueblos originarios ecuatorianos; dicho proceso sólo data de la segunda mitad del siglo XV de nuestra era. En la misma fecha sometieron finalmente a los pueblos aymara que habitaban en la actual Bolivia. A partir del siglo XII de nuestra era, la expansión territorial de los pueblos karibe los llevó a conformar vastos señoríos que dominaban la cuenca del Río Orinoco, la costa centro oriental de Venezuela, las Pequeñas y Grandes Antillas, el litoral atlántico del noreste de Sur América, la región del Bajo Magdalena y el sur del lago de Maracaibo. Para el siglo X de nuestra era, pueblos de filiación chibcha y tairona habían fundado pueblos y señoríos en la región andina del norte de Colombia, en los Andes de Venezuela y en la Sierra de Perijá. Hasta ese

entonces, los pueblos ecuatorianos mantenían estrechas relaciones con los del sur y el centro de Colombia y con los del piedemonte suroriental de los Andes venezolanos, los cuales a su vez mantenían relaciones culturales con los del norte de Colombia y el noroeste de Venezuela y posiblemente también con los de Panamá y Costa Rica. Los pueblos originarios del centro-oriente de Venezuela sostenían, por su parte, relaciones culturales con los que habitaban sus tierras ancestrales de la cuenca del Amazonas, llegando a establecer desde el siglo XII de la era enclaves de población en la cuenca del lago de Maracaibo y en la cuenca baja del río Magdalena. Ambos grupos de poblaciones originarias “venezolanas” se mestizaron en una nueva formación étnica y cultural que, partiendo de la península de Paria, colonizó las Pequeñas y Grandes Antillas hasta Cuba y posiblemente el sur de la actual península de la Florida (Sanoja 1983, 2006; Sanoja y Vargas-Arenas 1999; Vargas Arenas 1978; Veloz Maggiolo 1991).

Con base a aquellas ideas, la propuesta de promover un proyecto de investigación sobre una historia trinacional de Ecuador, Colombia y Venezuela a los fines de mostrar las similitudes y diferencias que existen en los procesos de colonización de ambos territorios desde los tiempos originarios, tendría como meta desvelar las bases históricas de un futuro proceso de integración entre los tres países. Existe todavía un pensamiento simplista que tiende a obviar las determinaciones históricas que surgen desde aquel pasado remoto y permitieron desde el siglo XVI la diferenciación de los pueblos y territorios del noroeste y el nor-noreste de Suramérica en espacios coloniales que corresponden a los actuales Estados Nacionales de Ecuador, Colombia y Venezuela.

Podríamos establecer igualmente la imbricación cultural de aquella macro-región histórica con el resto de Suramérica o la América Central (Sanoja 1983), pero priva en este caso el interés político de establecer las bases históricas de una comunidad de naciones modernas suramericanas, sobre el interés académico de dilucidar las estrechas relaciones culturales que se forjaron en todo el continente americano como resultado del inicio de la colonización por los primeros pobladores hace ya 40.000 años.

Durante el largo pasado precolonial, como ya se expuso, aquellos espacios estuvieron poblados por pueblos originarios que representaban una gradación cultural sur norte partiendo desde el actual territorio del Ecuador, formándose una primera región geohistórica cuya antigüedad se remonta a 6.000 años antes de Cristo. Dicha región, que tuvo una vida independiente hasta finales del siglo XV de la era, cuando cayó bajo el dominio del Imperio Inka, estuvo conformada por diversos señoríos de cultura muy

compleja como el llamado país Cara o Caranqui, región de Quito, donde llegaron a construirse grandes centros urbanos con pirámides y plataformas de tierra compactada, y en la costa pacífica con los Manteño o Huancavilca que fueron los más avanzados navegantes del Pacífico americano. La georregión geohistórica ecuatoriana alcanzaba hasta aproximadamente el Nudo de Pasto, al sur de Colombia y la meseta bogotana. Desde allí comenzaba una nueva geo-región geohistórica (colombiana) que se extendía hasta los contrafuertes septentrionales de los Andes venezolanos, conformando otra región geohistórica cuyo lugar central era el lago de Maracaibo. En torno a la cuenca de dicho lago, por aquella razón, se asentó una abigarrada humanidad de grupos étnicos con diferentes orígenes culturales: pueblos de origen ecuatoriano, chibcha, caribe, caquetío y tairona que conformaron posteriormente la fachada histórica occidental de Venezuela.

La región centro occidental, la nororiental y la guayanesa de Venezuela constituyeron una fachada histórica culturalmente diferente, colonizada y poblada originariamente por pueblos descendientes de los primeros americanos que se asentaron en la cuenca Amazónica, el litoral noratlántico, Guayana y la cuenca del Orinoco, así como por otros desgajados posteriormente de los Andes Centrales peruanos, de la región andina venezolana (Sanoja y Vargas-Arenas 1999). Este complejo proceso de mestizaje dio origen a la formación de nuevos pueblos y culturas que, partiendo del norreste de Venezuela, comenzaron a navegar el mar Caribe y a poblar las Pequeñas y Grandes Antillas desde 2.000 años antes de Cristo (Vargas-Arenas 1979; Sanoja 1983; Sanoja y Vargas-Arenas 1995; Veloz-Maggiolo 1992). Esto nos indica que los vínculos con los pueblos de los actuales Colombia y Ecuador están centrados en la fachada occidental de Venezuela, en tanto que el centro-oriente venezolano forma una fachada amazónica y antillana. El sistema colonial español reconoció esa realidad histórica y cultural, por lo cual decidió que, inicialmente, el territorio venezolano estuviese sometido a la dependencia política y administrativa, por una parte, de la Audiencia de Bogotá y –por la otra– de la Audiencia de Santo Domingo hasta la creación de la Capitanía General de Venezuela en 1777.

Las relaciones políticas que podríamos llamar como de “hermandad nacional” colombo-venezolana-ecuatoriana, en términos de la historia oficial, sólo cubren formalmente el breve período que va desde 1820 hasta 1830, período que corresponde al efímero proyecto de integración regional de la Gran Colombia, obviando la estrecha relación que existió entre los pueblos originarios de hace miles de años. El sueño de El Libertador se estrelló contra las ambiciones de los caudillos y las oligarquías regionales de Ecuador,

Colombia y Venezuela, influidas por el ideal de la modernidad que propugnaba la creación de Estados nacionales que se adaptaban perfectamente a la miopía política de dichos sectores oligárquicos que nunca creyeron y nunca les convino a sus intereses el ideal de la integración suramericana.

La formación social republicana en Colombia, Ecuador y Venezuela

La independencia de la Nueva Granada se decidió luego que el ejército patriota comandado por el general Manuel Piar dirigiese la toma de la Provincia de Guayana y El Libertador Simón Bolívar proclamase la III República en el Congreso de la Ciudad de Angostura. Utilizando los ingentes recursos capturados en las misiones capuchinas catalanas de Guayana, El Libertador lanzó la Campana del Sur (Sanoja y Vargas-Arenas 2005: 329-337). Ello hizo posible que El Libertador Simón Bolívar y el Mariscal Antonio José de Sucre derrotasen a las tropas del imperio español y liberasen a lo que hoy en día es Colombia en la Batalla de Boyacá el año 1819 y liberasen el Ecuador en 1822, liberación sellada con la victoria patriota en la Batalla de Pichincha. En esta gesta libertaria, El Libertador y el Mariscal Sucre comandaron un ejército donde combatieron –solidariamente– hombres y mujeres, venezolanos, neogranadinos, quiteños, peruanos y argentinos, engendrando así la fuerza política que habría de culminar con la creación de la Gran Colombia. La independencia de Venezuela del poder colonial español fue lograda en 1821 con la Batalla de Carabobo y refrendada posteriormente con la Batalla Naval del lago de Maracaibo en 1823.

En la Nueva Granada, la independencia de poder colonial español contribuyó a conservar y consolidar el poder político que tenía la antigua clase latifundista –cuyo centro se hallaba en Santa Fe de Bogotá– sobre la población neogranadina (Lievano-Aguirre s-f). Como resultado de la conspiración urdida por la oligarquía de dicho país, representada por el general Santander, contra El Libertador Simón Bolívar, se exacerbaban las tendencias separatistas que culminaron en 1830 con la disolución de la Gran Colombia, el asesinato del Mariscal Sucre y la dolorosa muerte del Padre de la Patria. A partir de ese momento, comenzaron a germinar en Colombia las semillas de la rivalidad política entre liberales y conservadores, expresada en sangrientas contiendas civiles que asolaron al país entre 1840 y 1903. En 1849, el general José Hilario López, liberal, introdujo un programa de reformas sociales destinadas, entre otras cosas, a abolir la esclavitud y la propiedad comunal de la tierra que detentaban todavía los resguardos indígenas, a favor de una forma de propiedad individual de las tierras indíge-

nas. Lejos de contribuir a una mayor justicia social, las reformas desposeyeron a los campesinos de sus tierras, aumentaron el grado de explotación de los pobres por los ricos y propiciaron una redistribución y concentración de la propiedad agraria que favorecía y daba más poder a la todopoderosa oligarquía latifundista que ya era dueña de Colombia. Los conflictos entre clases sociales y entre los mismos miembros de la elite política y social se agravaron culminando entre 1899 y 1903 con la Guerra de los Mil Días que produjo entre 60.000 y 130.000 muertos. La tragedia de la guerra civil fue coronada con la pérdida de Panamá a manos de Estados Unidos.

Una nueva era de reformas liberales entre 1930 y 1946, con la oposición de la clase terrateniente, legalizó el derecho a la tierra para los campesinos desposeídos, creándose el Instituto de la Reforma Agraria. La hegemonía liberal continuó hasta 1946 cuando el partido se dividió en dos candidaturas: Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, triunfando el candidato conservador Mariano Ospina Pérez. Los conservadores estimularon la represión política contra los liberales y en 1948 es asesinado Jorge Gaitán en las calles de Bogotá, líder del ala izquierda del liberalismo, iniciándose una nueva era de violencia que se intensificó bajo el régimen conservador de Laureano Gómez, quien trató de borrar al liberalismo para instaurar un gobierno de corte fascista. Sus excesos motivaron el Golpe de Estado del General Rojas Pinilla, un líder populista que no pudo cumplir su promesa de corregir los excesos de la oligarquía colombiana. Derrocado a su vez, se instauró en 1957 un Gobierno de Frente Nacional apoyado por conservadores y liberales, cuya gran contribución fue, al igual que el famoso Pacto de Punto Fijo en Venezuela, propiciar una alternancia equitativa de ambos partidos en el poder (Calvo Ospina 2007).

A partir de aquel momento, nuevos actores sociales entraron en la escena política colombiana. Los campesinos desposeídos, que ya se habían organizado en guerrillas de estructura muy elemental, se transformaron a partir de 1964 en una guerrilla moderna, con cuadros políticos animados por ideas nacionalistas y marxistas, que han llegado a controlar parte del territorio colombiano. La oligarquía desarrolló un nuevo negocio, el narcotráfico, muchas de cuyas ganancias son lavadas vía la inversión agropecuaria, propiciando la creación de un capital agrario de respetable valor. Para defender su narco riqueza de la amenaza guerrillera, crearon los cuerpos paramilitares. Para proteger el estatus de su poder y su riqueza, garantizando su control sobre el Estado colombiano, crearon la narco política. Para garantizar la perpetuidad de su dominio, la narco política colombiana se alió con el gobierno de Estados Unidos. De esa unión grotesca, nacieron el Plan Colombia y el Plan Patriota.

En el medio de los actores políticos enfrentados en una lucha feroz y sin cuartel, está la mayoría del pueblo colombiano: campesinos desplazados, empobrecidos, desposeídos, dirigentes campesinos u obreros, intelectuales, políticos progresistas asesinados por el sicariato de la oligarquía, o empujados al exilio.

En Ecuador, con la ruptura de la Gran Colombia y la creación del Estado nacional se exacerbó la rivalidad entre la región de la sierra y la de la costa, focalizada en dos ciudades: Quito y Guayaquil. Quito era el centro político de la burguesía terrateniente acaudillada por el general venezolano Juan José Flores. Guayaquil se había convertido para el siglo XIX en un puerto cosmopolita, controlado por una acaudalada burguesía comercial muy influida por el pensamiento liberal decimonónico, acaudillada por el general Vicente Rocafuerte. La inestabilidad política creada por la disputa entre ambos caudillos dio paso en 1860 al régimen autocrático y nacionalista de Gabriel García Moreno, quien consideraba que la religión católica era el cemento que mantendría unidos a criollos e indios en una sola nación para que el país pudiese gozar de un período de paz.

El gobierno de García Moreno comenzó a mejorar la infraestructura del país mediante la construcción de escuelas, caminos, un ferrocarril que vinculaba la sierra con la costa pacífica, reforestación de tierras y un tímido proyecto de reforma agraria. Sin embargo, la oposición liberal liderada por un intelectual, Juan Montalvo, influyó para que García Moreno fuese asesinado en 1875, siendo reemplazado por un liberal progresista, el general Eloy Alfaro, quien continuó el programa de consolidación de la soberanía nacional y el desarrollo de la infraestructura social y económica del Ecuador, precursor del actual proceso popular de la Revolución Ciudadana. Eloy Alfaro fue derrocado en 1911. En 1912 una turba de personas agitadas por los sectores más reaccionarios del país, lo extrajo de la cárcel donde había sido recluido dándole muerte para luego quemar su cadáver.

En la sierra y en la costa, el poder se mantuvo igualmente en las manos de la burguesía latifundista y de la burguesía comercial; los gobiernos liberales y neoliberales sucesivos, que no tenían ningún significado para los indios y campesinos pobres que constituían la mayoría de la población ecuatoriana, nada o poco hicieron para promover el cambio de las viejas estructuras sociales y económicas, el analfabetismo, la mortalidad infantil, los grandes latifundios y el monocultivo de bananas y cacao y –finalmente– la explotación petrolera que reforzó la dependencia y la subordinación del pueblo ecuatoriano del imperialismo estadounidense y europeo (Cueva 1988: 113; Páez 1991:77-86). La historia reciente del Ecuador es bien co-

nocida: la Revolución Ciudadana dirigida por Rafael Correa se ha puesto como meta transformar la sociedad ecuatoriana, uniéndose a otros procesos revolucionarios de Bolivia, Venezuela, las pequeñas Antillas, Cuba y Nicaragua bajo la unión de naciones del ALBA y de UNASUR, reviviendo el pensamiento integrador y libertario de Simón Bolívar y de Antonio José de Sucre (Ramírez Gallegos 2008:171-196).

En Venezuela, a diferencia de Colombia y Ecuador, la Guerra de Independencia larga, sangrienta y destructiva, desarraigó la sociedad clasista colonial; se quebró la estructura territorial de la población y desapareció buena parte de la oligarquía colonial que había sido dueña de la propiedad territorial agraria, la cual pasó a manos de una nueva oligarquía republicana donde figuraban prominentemente los antiguos generales de la Independencia, la cual no aceptó la sujeción política de Venezuela a los intereses de la oligarquía latifundista bogotana (Vargas-Arenas 2007: 1-30).

Al igual que en Colombia y Ecuador, a partir de 1840 comenzó un período de contiendas civiles alimentadas por la confiscación del derecho de los campesinos y las comunidades indígenas a la propiedad de la tierra. De ellas, la más importante fue la Guerra Federal (1859-1863), conflicto que enfrentó a liberales y conservadores, pero en cuyo seno también germinaba una guerra social por la emancipación de los campesinos desposeídos de sus tierras. Su líder fue el General de Hombres Libres Ezequiel Zamora. Asesinado Zamora en la ciudad de San Carlos de Cojedes, el conflicto armado se resolvió en 1863 mediante un arreglo entre elites políticas llamado el Tratado de Coche, hito que marca el inicio de la hegemonía de la burguesía venezolana. Al igual que en Ecuador, entre 1870 y 1818 se instaló en Venezuela el gobierno autocrático del general Antonio Guzmán Blanco, liberal que inició una serie de reformas importantes en el campo fiscal, de la educación, la construcción de carreteras y vías férreas, así como desarrollo de obras de infraestructura, particularmente la renovación urbana de Caracas.

A partir del tratado o pacto de Coche se consolidó el bloque de poder de la clase latifundista, la cual entraría luego en alianzas con las compañías petroleras extranjeras para repartirse la nueva riqueza. De la misma manera, a partir de mediados del siglo XIX comenzó a gestarse un sentimiento de rebelión popular profunda contra el régimen de pobreza y exclusión social de las mayorías en la cual se fundamentaba la hegemonía burguesa, aliada en el siglo XX y el XXI con el imperialismo estadounidense. Esta rebelión popular estalló el 27 de Febrero de 1989 y comenzó a perfilarse como un movimiento de transformación revolucionaria a partir de la insurrección

cívico-militar del 4 de Febrero de 1992 comandada por Hugo Chávez Frías, culminando con su elección a la Presidencia de la República y el inicio de la Revolución Bolivariana en 1998 (Vargas-Arenas 2007, 2010).

Coincidiendo cronológicamente con el gobierno de Eloy Alfaro en Ecuador, los años finales del siglo XIX vieron en 1898 el ascenso de los políticos y latifundistas liberales andinos venezolanos, muy vinculados al movimiento liberal colombiano, cuya figura principal fue el general Cipriano Castro. Castro adoptó una postura nacionalista ante las grandes potencias europeas que intentaban apoderarse de Venezuela y del petróleo que ya se sabía albergaba el subsuelo de nuestro país. Ya en el año 1900, el presidente Eloy Alfaro pidió al congreso de su país que presentase a Colombia y Venezuela la propuesta de crear nuevamente una Federación Colombiana, al mismo tiempo que mantenía cordiales relaciones con el presidente Cipriano Castro (Britto García 2009-II: 77). Afectado de una enfermedad renal, Castro tuvo que marchar al exterior para someterse a una operación quirúrgica, oportunidad que aprovechó su vicepresidente y compadre, el general Juan Vicente Gómez, para derrocarlo y pactar con las corporaciones petroleras estadounidenses y anglo-holandesas la entrega de nuestra soberanía nacional así como de las enormes reservas venezolanas de hidrocarburos que ya eran por ese entonces las mayores del mundo.

La primera década del siglo XX marca un deslinde de los procesos históricos de Colombia, Ecuador y Venezuela. Mientras en las dos primeras, la crisis social continuaba dominada por el problema agrario, en Venezuela el inicio de la explotación petrolera disparó el proceso social venezolano hacia dos polos contradictorios: la sumisión de la oligarquía republicana al imperio transnacional estadounidense y anglo-holandés, por una parte, y por la otra la rebeldía antiimperialista de los movimientos políticos populares progresistas. Mientras Venezuela comenzaba a escapar del ámbito de la oligarquía colombiana, ésta hizo todo lo posible por impedir que ese alejamiento se concretara, manteniendo sus intenciones territoriales sobre Guayana y la cuenca del Orinoco y la salida hacia el océano Atlántico, el control del lago de Maracaibo y la apertura del norte de Colombia hacia el Caribe y las Antillas. Es dentro de este marco político de referencia como se puede entender el Tratado de Límites Michelena-Pombo y la presión política militar colombiana que culmina con el Tratado de Límites de 1941, el cual nos confiscó una importante porción territorial del occidente venezolano, el intento de confiscar asimismo el islote de Los Monjes, la provocación de la corbeta Caldas, las incursiones paramilitares en la frontera y en Caracas misma, incluyendo el escandaloso secuestro del representante

internacional de las FARC por agentes de la seguridad colombiana en territorio venezolano.

En Venezuela el tiempo histórico de la IV República corresponde con la implantación de un régimen político corporativo donde se une la burguesía empresarial con los partidos políticos para repartirse la renta petrolera venezolana. Coincide en Ecuador con las presidencias de sesgo neoliberal que se inician con Velasco Ibarra y culminan con el movimiento popular, nacionalista y progresista de la Revolución Ciudadana que dirige el presidente Rafael Correa.

En Colombia, desde mediados del siglo XX, la serie de presidentes de sesgo socialdemócrata cuyo objetivo político era la consolidación del régimen bipartidista liberal conservador, llegó a su ápice con la presidencia de Uribe Vélez quien impulsó el ajuste económico basado en la ideología neoliberal, la sanguinaria política de seguridad democrática y la sumisión de la soberanía de Colombia ante Estados Unidos vía el Plan Colombia y el Tratado de Libre Comercio (Zuloaga Nieto 2003: 143-161).

Debemos esperar que se desvelen los objetivos políticos del actual presidente colombiano J. M. Santos, para saber si finalmente será posible realizar, en el corto o el mediano plazo, la difícil meta de integrar regionalmente nuestros países dentro del amplio marco histórico de la integración suramericana y caribeña, la ALBA, que sería como actualizar el milenar proceso de integración que iniciaron nuestros pueblos originarios y que tiene hoy como guía el buen vivir (Sanoja 2006).

REFERENCIAS CITADAS

- Britto García, Luis. 2009. *América Nuestra: Integración y Revolución*. 2 vols. Fondo Cultural del Alba. Caracas.
- Cueva, Agustín. 1988. *Las Democracias Restringidas de América Latina*. Elementos para una reflexión crítica. Planeta Ecuador.
- Lievano Aguirre, Indalecio (s.f.). *Los Grandes Conflictos Sociales y Económicos de Nuestra Historia*. IV vols. Bogotá.
- Calvo Ospina, Hernando. 2007. *El terrorismo de Estado en Colombia*. Fundación Editorial El Perro y la Rana. Serie: Cuestiones Geopolíticas. Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Caracas.
- Páez, Alexei. 1991. La nueva derecha ecuatoriana. *Ecuador Debate No. 22*: 177-86. Centro Andino de Acción Popular. Quito.
- Sanoja, Mario. 1983. *De la Recolección a la Agricultura*. Historia General de América, Período Indígena, Vol. 3. Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Caracas.

- Sanoja, Mario e Iraida Vargas-Arenas. 1995. *La Gente de la Canoa*. Fondo Editorial Tropykos y Dirección de Postgrado, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas-Arenas. 1999. *Orígenes de Venezuela. Regiones Geohistóricas Aborígenes hasta 1500 d.C.* Comisión Presidencial del V Centenario. Caracas, Venezuela.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas-Arenas. 2005. *Las Edades de Guayana: arqueología de una quimera. Santo Tomé y las Misiones Capuchinas Catalanas: 1595-1817*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas.
- Vargas-Arenas, Iraida, 1978. *La Tradición Saladoide del Oriente de Venezuela: La Fase Cuartel*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Serie Estudios, Monografías y Ensayos. No. 5. Caracas.
- Vargas-Arenas, Iraida. 2007. *Resistencia y participación. La saga del pueblo venezolano*. Monte Ávila Editores. Colección Milenio Libre. Caracas.
- Vargas-Arenas, Iraida. 2010. *Mujeres en tiempos de cambio*. Archivo General de la Nación. Centro Nacional de Historia. Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Caracas.
- Veloz-Maggiolo, Marcio. 1991. *Panorama Histórico del Caribe Precolombino*. Edición del Banco Central de la República Dominicana. Editorial Taller, Santo Domingo, RD.
- Zuloaga Nieto, Jaime. 2003. *Colombia: entre la democracia y el autoritarismo*. Notas sobre la política de seguridad de Álvaro Uribe. En: *Movimientos Sociales y Conflicto en América Latina*. José Seoane: compilador. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. (CLACSO).